



De gigantes y molinos

Antonio Remesal 'reescribe' a los pies de los Riscos de Bilibio un conocido pasaje del Quijote a propósito de la instalación de líneas eléctricas y aerogeneradores

El enólogo apela al entendimiento entre progreso y respeto natural para evitar nuevos impactos sobre los paisajes vitícolas

ANTONIO REMESAL VILLAR
Ingeniero agrónomo y enólogo



LOGROÑO. Estando un día don Quijote en un camino que discurre hacia el conocido campo de Bilibio vio por la quiebra que dos montañas hacen para dejar paso al Ebro unos molinos. Y, así como los descubrió, imaginó ser cosa de nuevo desafío, por lo que dijo a su escudero:

– «La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque divisó allí en esos majuelos, llecos y tierras de sembradura, delante de aquel bosque, un gran ejército de hombres flanqueados por gigantes en línea de combate».

– «¿Qué gigantes?», dijo Sancho.

– «Aquellos que allí ves –respondió su amo–, de los brazos largos o esos otros, con patas como podencos apostadas sobre los renques de las viñas».

– «¿Ves toda aquella polvareda que allí se levanta?», preguntó don Quijote a su escudero: «Pues como yo atisbo es cuajada de un copiosísimo ejército que de diversas gentes y gigantes viene marchando, asaltando sin licencia a su paso tierra que no es sino de aquellos que la labran y de las criaturas que en ella moran: pájaros y mosquitos del aire, gusanillos de la tierra, y aun las alimañas, que por alguna razón fueron creadas ya antes que hombre alguno la pisara; seres débiles sin armas y tropa que les defiende y que han de menester mi favor y auxilio».

– «Mire vuestra merced –respondió Sancho– que aquellos que allí se parecen con tres brazos no son gigantes, sino molinos y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento mueve la rueda que hace girar la industria; y los otros con sólo dos brazos son torres, usadas para

cosa más allá de mi entendimiento».

– «Bien parece –respondió don Quijote– que no estás cursado en esto de las aventuras; ellos son gigantes y, si tienes miedo, quítate de ahí y ponte en oración en el espacio, que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla: fiera porque lucharé hasta que les venza o perezca en el empeño y desigual, porque veo que con estos gigantes va un escuadrón de predicadores, mentecatos, escribanos y bellacos que con su palabra fácil pondrán a todos contra mí, tratándome como si de un trastornado yo fuere».

Y diciendo esto dio de espuelas a Rocinante, sin atender a las voces que Sancho le daba, advirtiéndole de que sin duda alguna eran molinos de viento y torres y no gigantes. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes que ni oía las voces de su escudero ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran; antes iba diciendo en voces altas: «Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero os acomete».

En diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, bien cubierto de su rodela, con la lanza en ristre, arremetió a todo el galope de Rocinante y embistió con el primer gigante del grupo. Y dándole una lanzada, el gigante encolezado le lanzó un rayo, con tanta furia que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que salió volando maltrecho y carbonizado entre las viñas.

– «¡Válgame Dios!» –dijo Sancho– «¿no le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos y torres y que es menester ha puesto don Iberdrolo y otra gente muy principal, y que ignorar al poderoso es propio de quien no tiene sino pájaros en la cabeza?»

– «Calla amigo Sancho –respondió don Quijote– que las cosas de la guerra, más que otras, están sujetas a continua mudanza, y que lo que ahora afirmáis son artificios para no sé qué fin, según tu parecer de necesidad, lo que yo veo con mis ojos no son sino contrarios y gigantes invadiendo tierras que no son tuyas; si hubieran venido por sus fueros habrían usado la aldaba y a buen seguro, las gentes de aquí, que fama tienen, además de por su buen vino, por



Tendidos eléctricos sobre los viñedos. :: A. R.

pacífica y enemiga de meterse en ruidos y pendencias, les habrían abierto la puerta de par en par y a algún trato hubieran de llegar. Porque sabes Sancho que ésta es gente de paz y en sus lares siempre ha habido para los que vienen de buena honra, ricas viandas, bebercio y acogimiento; pero también he oído comentar que al que con oscuras intenciones viene o apropiarse de lo suyo busca se va con el rabo entre las piernas.

– «Porque –añadió el de la Triste Figura– en lo tocarse a la morada se hace lo que es menester del amo, que para eso es la propiedad; y en las cosas naturales ¿quién es nadie para contradecir lo por el cielo ordenado?»

– «Pero entonces vuestra merced –preguntó Sancho Panza–, ¿eran o no gigantes con los que habéis guerrero y mal parado habéis salido?».

– «Qué más da mi fiel Sancho –respondió don Quijote– galgos o podencos, gochos o gorrinos, burros o jumentos, arrieros o carreteros. En campo ajeno estaban y sólo su amo, por suyo, ha de decir si se entra pasta, vendimia, racima o siquiera se se te; desde el mismo infierno hasta el firmamento porque sólo los labradores, y por ley de Dios sus inquilinos naturales, pueden en él hacer lo que le viniera en talante».

– «Y en cómo juzgas mi estado, mi buen escudero Sancho: harto molido y quebrantado estoy, pero con la frente muy alta por haber cumplido los mandamientos de caballero: ofrecer mi brazo y mi persona en ayuda de los flacos y menesterosos y desfacer cuantos agravios y sinrazones encuentre a mi paso; con lo que ahora, cumplida la tarea, sólo queda esperar que la suerte se mude y que lo que hoy se ha perdido se gane mañana. Lo demás ya está todo dicho; lo fecho, el de arriba ha de juzgar y, aunque tú no lo veas de este modo, el tiempo descubridor de todas las cosas dará la razón a quien la tenga».

Tras este discurso, ayudó presto Sancho a incorporarse a su amo y a subir sobre Rocinante. Él subió sobre su jumento, y juntos tornaron a su camino a paso tirado, para hacerlo él cavilando detrás de su señor Don Quijote; del que pensó que quizá no tenía el juicio tan perdido como a veces le parecía y fuera él mismo el que estaba engañado, turbados los sentidos por el miedo y haciendo que las cosas no parecieran lo que son.

Y es, desta manera, como concluyó esta aventura que para el Triste fue desventura, entre riscos y breñas, en tierras de buen vino, agua clara y gente sana para que cada uno saque de limpio aquello que le venga en gana.

CREATIVE Line
by RIVERCAP

RIVERCAP
LA EXPRESIÓN DE TUS SENTIDOS

Camino del Soto, 29, 01306, Lapuebla de Labarca, Álava, España - Tel. 945627250